





Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación del autor y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *Impossible to Forget*

© 2022, Blue Lizard Books Ltd. Publicado gracias al acuerdo con Amazon Publishing, en colaboración con Sandra Bruna Agencia Literaria.  
© 2026, de la traducción por Noelia Pousada Lobeira  
© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: febrero de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)  
[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 979-13-87575-77-9  
Código IBIC: FA  
DL: B 16.709-2025

Composición:  
Brioworkx

Diseño de interiores:  
David Pablo

Impreso en febrero de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Imogen Clark

# La felicidad en los días de lluvia

Traducción de Noelia Pousada Lobeira



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2026



*Las personas que menos te esperas  
ocultan aureolas debajo de los sombreros.*

ANÓNIMO



Queridos amigos:

Si estáis leyendo esto es que estoy muerta (¡siempre he querido decir eso, al estilo Agatha Christie! Y, por favor, Leon, no llores, que solo es una broma. Un beso).

Ahora en serio, quisiera daros las gracias a todos por ayudarme durante los últimos meses. La verdad es que ha sido duro, pero teneros a mi lado lo ha hecho más llevadero. Si os soy sincera, no sé qué habría sido de mí sin vosotros. Sois la mejor pandilla de amigos del mundo.

Pero tengo que pedir os un último favor.

Obviamente, lo que más me preocupa es mi preciosa hija, Romany. Jamás entenderé cómo es posible que el universo permita que una madre fallezca antes de que termine de preparar a su hija para la vida. Está mal, lo mires por donde lo mires. Pero así es la vida.

Sin mí, Romany se quedará sola. Aunque está a punto de cumplir dieciocho años, sigue siendo una niña y todavía tiene muchas cosas que aprender sobre el mundo, buenas y malas. Necesita a alguien a su lado, a un tutor, por decirlo de alguna manera, que la oriente hasta que se vuelva independiente. No será para siempre, solo hasta que termine los exámenes y entre en la universidad, pero no puedo permitir que tenga que pasar el mal trago del instituto ella sola. Es lo que me pasó a mí y no quiero que la historia se repita.

Ahí entráis vosotros. Os encomiendo, mis más queridos amigos, aquellos en los que más confío, la tarea trascendental de orientarla durante los duros meses que tiene por delante. Sé que no sería justo proponer que solo uno de vosotros cargue con una responsabilidad tan grande, así que he tomado la decisión de pedir os a cada uno que saquéis a relucir vuestros puntos fuertes.

Maggie, como mi amiga más preparada y pragmática, te pido que ayudes a Romany con cualquier asunto legal y formal y cualquier otra cosa que deba leer antes de firmar. A mí nunca se me han dado bien estas cosas y sé que tú lo harás mejor.

Leon, a ti te dejo su vida cultural. Asegúrate de que escuche todo tipo de música, no solo la mierda de turno. Debería leer muchísimo e incluso escribir si encuentra la inspiración, y quiero que vaya con frecuencia al teatro y al cine. Y a museos. En fin, todo lo que eleve su día a día de lo mundano y la haga pensar.

Tiger, necesito que te encargues de que se abra ante ella un vasto horizonte. Asegúrate de que viaje siempre que se le presente la oportunidad y de que absorba distintas formas de vivir con la misma facilidad con la que absorbe la luz del sol. Ayúdala a mantener los ojos y el corazón abiertos.

Y, por último, Hope. Te preguntará qué haces aquí. Sé que nos conocemos desde hace muy poco, en comparación con los demás, pero creo que te conozco lo suficiente como para estar en posición de pedirte ayuda y algo me dice que serías la candidata perfecta para vigilar las relaciones, las amistades y el corazón de Romany. Por favor, enséñale a juzgar a la gente debidamente para que aprenda a perdonar las debilidades de los demás.

Así pues, aunque mi pequeña se embarcará en la gran aventura que es la vida sin su madre, os tendrá a vosotros cuatro, sus ángeles de la guarda, para que la protejáis. Y sé que no podría estar en mejores manos.

Os querré siempre,

ANGIE

# Capítulo 1

La abogada se quitó las gafas, se las colocó con estilo en lo alto de la cabeza y alzó la mirada hacia los presentes. Los cuatro tutores se habían quedado boquiabiertos y trataban de asimilar lo que acababan de escuchar. Al parecer, no bastaba con perder a su amiga Angie. Ahora también debían cuidar de su hija o, al menos, responsabilizarse de ciertas partes de su vida. No fue de extrañar que se pusieran un poco pálidos.

Aguardó unos instantes para que digirieran el contenido de la carta y, mientras tanto, los contempló con cierta curiosidad. ¿Quiénes eran estas personas para Angie y por qué las había elegido para desempeñar estas funciones tan inesperadas como desafiantes?

Justo enfrente se sentaba la hija, Romany. Era diminuta, y daba la impresión de que una ráfaga de viento podría deshacerla como una telaraña, pero algo había en sus ojos, no del todo marrones, que indicaba que era más fuerte de lo que parecía. Tan solo tenía dieciocho años y ya había tenido que lidiar con la enfermedad terminal y la muerte de su único progenitor. Es imposible gestionar una situación así sin derrumbarte a no ser que cuentes con mucha fuerza interior. No había montado ninguna escena melodramática ni se había puesto histérica. Había escuchado la lectura de la carta con calma y sin reaccionar.

La abogada sabía que los deseos de su clienta serían toda una sorpresa para los cinco. Angie había dejado muy claro el tema del secretismo, e incluso se había mostrado animada en su reunión hacía unas semanas.

—No voy a decirles lo que tengo en mente —le había dicho. Por aquel entonces, su cuerpo había adquirido una palidez amarillenta

y tenía la piel de los pómulos tirante, lo que les daba un aspecto más anguloso y afilado—. Estoy segura de que me dirían que sí si se lo pidiese ahora, pero prefiero no darles a elegir. Si no se lo ven venir, habrá menos posibilidades de que se inventen una excusa o se nieguen.

A la abogada, por su formación, la había incomodado aquella impulsividad y le habría gustado objetar, convencer a Angie de que dejase preparado algo más concreto para la hija, pero, por otro lado, Romany ya había cumplido los dieciocho años y, técnicamente, no era necesario nombrar a ningún tutor, y mucho menos a cuatro. Si los elegidos estaban preparados para asumir el encargo asignado o no, no era una cuestión legal y, por tanto, no era algo de lo que la abogada tuviera que preocuparse en demasía. Aun así, tenía la sensación de que aquí había gato encerrado, un plan superior que no llegaba a entender del todo.

Pero no le pagaban para descifrar las pistas que iban dejando sus clientes. Había redactado el testamento y leído la carta tal y como le habían pedido y hasta ahí llegaba su responsabilidad en el asunto.

Romany sacó un pañuelo del bolsillo y lo sostuvo en la mano, por si se le caían las lágrimas, pero no derramó ninguna. No se podía decir lo mismo de Leon: las lágrimas caían por sus mejillas y se las enjugaba sonoramente con un pañuelo azul de algodón, planchado y doblado en un cuadrado perfecto. Era un hombre normal, de rasgos corrientes, con la raya del pelo oscuro peinada a un lado con esmero, tal y como lo habría peinado su madre el primer día de clase. Angie había mencionado que Leon era ingeniero químico, dato que le había dado con cierto desprecio, como si fuera una elección de carrera irrisoria, si bien le parecía perfectamente aceptable a la abogada, que tenía una opinión firme y si acaso anticuada de lo que era un buen trabajo.

Maggie, la amiga responsable, de ahora en adelante, del bienestar contractual de Romany, abrió la boca para hablar y la abogada, anticipando una batalla legal, la interrumpió:

–También tengo el testamento de Angie, del que les facilitaré una copia a cada uno de ustedes. Les ha nombrado albaceas a todos...  
–Reparó en que Maggie enarcaba una ceja bien depilada–. Soy consciente de que es inusual contar con tantos albaceas y traté de hacer cambiar de idea a Angie. No obstante, ella sentía que era importante, dadas las circunstancias, que cada uno de ustedes tuviera el mismo grado de responsabilidad en su testamento. Dicho esto, pueden firmar la renuncia si desean rechazar la tarea que se les ha asignado.

El tutor llamado Tiger –un nombre ridículo para un hombre cincuentón, pensó– pareció cambiar de postura con incomodidad en el asiento y luego miró de reojo a los demás, pero, como no consiguió que nadie le prestara atención, volvió a mirarla a ella sin decir nada.

Los ojos de la abogada se fijaron en la que se llamaba Hope. Era una mujer de un atractivo arrebatador y, por tanto, resultaba encantadora. A la abogada le recordaba a las medusas luminiscentes que había visto en el acuario en una ocasión: hermosas pero, en cierto sentido, amenazantes. Ahora la mujer fruncía el ceño, con los labios entreabiertos, mientras paseaba la mirada por los demás. Mientras que Tiger parecía irritado con la noticia, la palabra que escogería la abogada para definir la reacción de Hope sería «desconcertada».

Retomó la palabra:

–Pasemos a las cuestiones más prácticas. Obviamente, como Romany ya es mayor de edad, podría vivir sola. Sin embargo, ya que se encuentra en el último curso de instituto, Angie quería que alguien se mudara a su apartamento para ayudarla.

Ahora se les veía ansiosos: fruncían los labios y se miraban de reojo, mientras, en la mente, barajaban las posibles opciones. La abogada veía que le daban vueltas a la cabeza mientras ideaban pretextos para justificar por qué no le venía bien a cada uno. Tenía la tentación de dejarlos sudar un poquito más. Sus jornadas en la oficina eran muy largas y, en general, sin incidentes, y hacer que

varias personas por cuyos intereses no debía velar sufrieran un rato podría animarla un poco. Pero, por otro lado, sentía lástima por la pobre chica. Era su vida, a fin de cuentas. Prosiguió:

—Angie ha pedido que Tiger se mude al apartamento hasta el año que viene, mientras Romany termina los estudios. Tenía la esperanza de que Romany entre en la universidad el próximo mes de septiembre; a partir de entonces, no sería necesario que nadie viva con ella. No habría que pagar el alquiler, ya que Angie ha dejado fondos para cubrir los pagos de la hipoteca. También hay dinero para los servicios básicos, la comida y demás gastos domésticos para Romany, de los que usted, como propietario, también se beneficiaría.

A juzgar por la expresión de Maggie, debía de pensar que a Tiger le había tocado la lotería, pero este no lo veía así.

—Un momento —dijo, enderezándose en el asiento, de pronto en estado de alerta—. ¿Que Angie ha dicho qué? ¿Que yo me mude a su casa? Bueno, de eso ni hablar. Es imposible... Pero ¿en qué estaba pensando? No puedo. De ninguna manera.

Paseó la mirada por la habitación, buscando, desesperado, apoyo en los demás, pero estos permanecieron sentados en silencio, encantados, sin duda, pensó la abogada, de que esta imposición en particular no les hubiera tocado a ellos.

—Yo tengo cosas que hacer, ¿sabe? —siguió protestando—. Lugares a los que ir. Voy a viajar a Guatemala para ver a unos amigos el mes que viene y, después, estaba pensando en pasar las Navidades en Sudáfrica. ¿De verdad se espera que deje a un lado todos mis planes para hacer de niñera de su hija? ¡Y todo un año, ni más ni menos! Es ridículo.

Se recostó de nuevo en el asiento, de brazos cruzados, como si con esto hubiera zanjado el asunto. Romany estaba sentada muy quieta, tratando por todos los medios de no llamar la atención, ella, la hija que necesitaba una niñera. Uno a uno, los demás parecieron recordar que estaba presente y Maggie y Leon se miraron antes de que este último se pronunciara:

–Venga, Tiger –le dijo en voz baja–. Recuerda dónde estás. Este no es el momento.

Por un instante, Tiger pareció irritarse, pero entonces se suavizaron sus facciones.

–Mira, lo siento, Romany. Sé que nada de esto es culpa tuya, pero ya ves cómo están las cosas. Es inviable. Yo soy un espíritu libre, como sabes. Jamás he vivido en Inglaterra, para empezar. Voy y vengo según lo que me pida el cuerpo. Siempre he sido así. Tu madre lo sabía. Yo pensaba que me entendía.

Romany asintió, pero no apartó la mirada de sus zapatos. La abogada empezó a preguntarse si habría sido buena idea que estuviera presente en esta reunión, pero su clienta había insistido en que fuera así.

–No pasa nada –dijo la joven con un hilo de voz–. Puedo arreglármelas sola. Como ha dicho la señora abogada, ya tengo dieciocho años y mamá me ha dejado todo el dinero que necesito. No te preocupes por mí, por favor. Puedes venir a verme cuando estés por aquí para ver qué tal estoy. Y hablarme de tus viajes. Me encantaría que me contaras adónde has ido.

Le dedicó una sonrisa valiente a Tiger. Oh, esta chica es una guerrera.

–Gracias, cariño –le contestó él, como si ya se hubiera tomado la decisión; irradiaba alivio casi como si fuera sudor, como si acabara de echar una carrera.

La abogada reflexionó al respecto. A pesar de que ella y su clienta habían barajado la posibilidad de que sus amigos se negaran a cumplir con lo dispuesto, Angie estaba tan convencida de que no sería el caso que no habían preparado un plan de contingencia. Ahora una sensación de inquietud, leve pero persistente, se apoderaba de ella. Toda esta situación era tan insólita que, en realidad, no sabía cuál era la mejor forma de actuar. Romany era mayor de edad y no suponría un verdadero problema que Tiger se negara a mudarse con ella, pero es que ahora daba la sensación de que Angie había exagerado con sus deseos.

Estaba a punto de intervenir cuando Leon dijo lo siguiente:

–Eso no está bien, Tiger –su tono de voz brusco no concordaba con su apariencia de ratoncillo–. Angie quería que te quedes con Romany y lo menos que puedes hacer es poner algo de tu parte para que así sea. Solo será un año, hasta que acabe los exámenes de ingreso a la universidad. Tampoco es que sea un compromiso de por vida.

–Sí, sí, pero no veo que te ofrezcas voluntario para mudarte tú –soltó Tiger.

–Lo haría sin dudar –respondió Leon–, pero para mí no sería tan fácil. Trabajo fuera y durante muchas horas. Simplemente, no sería factible. Tú, en cambio, no tienes ni trabajo ni pareja ni ataduras. Como siempre dices, eres libre de ir allí donde te lleve el viento. –La abogada reparó en que Maggie ponía los ojos en blanco–. Y, durante una temporada –prosiguió Leon–, el viento tiene que dejarte aquí, en York, en el apartamento de Angie.

–Pero ¡ese es el problema! –dijo Tiger, quien, presa de la frustración, parecía más un niño que un hombre de cincuenta y pico–. Necesito libertad para recorrer el mundo, tío. Es como soy.

–Dios santo... –murmuró Maggie.

–Mirad –intervino Hope–. Sé que yo no pinto nada en este gruppito tan alegre, pero ¿podría hacer una sugerencia?

Todos se volvieron para mirarla, como si se hubieran olvidado de su presencia. La abogada no tenía claro cómo encajaba Hope en todo esto, y, teniendo en cuenta su expresión confundida, resultaba evidente que ella tampoco lo entendía. Era más joven que los otros tres, una treintañera frente a quincuagenarios, y poseía esa belleza que te obligaba a darte la vuelta y seguirla con la mirada como si tuvieras ante ti una cebra en plena calle. Cada detalle de su aspecto transmitía firmeza y pulcritud, con unos ojos del tamaño y la forma idóneos, una nariz un poco puntiaguda, pero no demasiado. Su cabello relucía sano y su piel incluso brillaba, como si se hubiera puesto un filtro en todo el rostro.

Se sentaba algo alejada de los demás. ¿Sería porque era una

desconocida o había habido alguna discusión, se preguntó la abogada, algún enfrentamiento entre bambalinas del que no se había enterado? ¿Tal vez su belleza descolocaba a los demás? La abogada había leído en una revista que a la gente atractiva en ocasiones le costaba hacer amigos. Pobres encantos, cómo le dolía a ella en el alma. Pero tal vez eso era lo que estaba pasando aquí. En cualquier caso, Hope había acaparado la atención de todos:

–Has dicho..., Tiger... –pareció vacilar al pronunciar su nombre, como si a ella también le resultara, al igual que a la abogada, irrisorio–, has dicho que el mes que viene te irás al extranjero para ver a unos amigos. Pues bien, ¿por qué no te mudas al apartamento de Angie mientras tanto? Luego, cuando tengas que irte de viaje, ya veremos cómo va la cosa y pensaremos qué hacer.

–Es buena idea –dijo Leon–. Gracias, esto... –Se detuvo, tratando de recordar su nombre–. ¿Hope?

Así pues, no se conocían, pensó la abogada. De verdad que esta es una situación de lo más peculiar.

Tiger hizo un puchero con el labio inferior mientras reflexionaba acerca de la propuesta de Hope y, acto seguido, al no encontrar objeción alguna, asintió con la cabeza.

–De acuerdo –dijo–. Podría funcionar. Y así no tendría que quedarme en casa de mis conocidos hasta entonces. Vale. Me mudaré.

–No es para tanto... –masculló Maggie en voz baja.

Al parecer, Tiger no la oyó o, en todo caso, optó por ignorar el comentario. Era mordaz esa mujer, pensó la abogada, y tenía la impresión de que su personalidad no encajaba con Angie, quien, en sus reuniones, le había parecido mucho más despreocupada. Se preguntó durante unos instantes cómo habían llegado a intimar hasta el punto de que Angie pudiera pedirle un favor tan enorme como este. En realidad, era mucho más que un favor. Angie había encomendado a cada una de estas cuatro personas parte del deber de velar por lo más valioso del mundo para ella: Romany. Era un compromiso colosal, lo mirases por donde lo mirases.

–¿Alguien tiene alguna duda? –les preguntó.

Parecía que Leon quería decir algo, pero, después, se lo pensó mejor.

–¿Cuándo tengo que mudarme? –preguntó Tiger.

–Eso es algo en lo que se tendrán que poner de acuerdo Romany y usted –contestó la abogada–. Podría ser hoy mismo, si quisieran.

Romany le dedicó una débil sonrisa a Tiger y asintió, dando a entender que le parecía bien.

–Bueno, si no tienen más preguntas, mi secretaria les entregará las copias de los documentos cuando se marchen. Si en algún momento necesitan hacerme alguna consulta, no duden en llamarme.

La abogada se puso de pie para dar a entender que la reunión había terminado, y uno a uno los tutores hicieron lo propio y salieron a la zona de la recepción, asintiendo en señal de gratitud al pasar junto a ella. Cuando Romany estaba a punto de marcharse, la abogada le puso una mano en el hombro.

–Tu madre era una mujer maravillosa –le dijo.

No era muy propio de ella hacer un comentario tan personal y le sorprendió que se le hubiera escapado algo así, pero, por otro lado, Angie Osborne le había parecido una persona sorprendente.

Mientras preparaba la sala de reuniones para la siguiente cita, la abogada, absorta, reflexionó acerca de lo insólito que había sido lo que acababa de suceder. Luego miró el reloj y no volvió a pensar en ello.

## Capítulo 2

—¿Y si vamos a una cafetería? —propuso Maggie cuando los cinco salieron del despacho de la abogada y volvieron a la calle—. No sé vosotros, pero a mí me gustaría hablar un poco de lo que acaba de pasar.

—¿Qué cafetería ni qué cafetería? —contestó Tiger—. Lo que necesitamos es un *pub* y tomarnos algo fuerte.

Leon asintió y Maggie se percató de que le temblaba el labio inferior, luchando como estaba por controlar sus emociones. Siempre había sido de lágrima fácil, desde que eran adolescentes. A veces podía llegar a ser molesto, pero ahora le parecía enternecedor y lo habría consolado de no ser porque Tiger estaba con ellos. A ella, a su vez, la embargaba una extraña sensación de calma, y las lágrimas, por el momento, estaban a buen recaudo. Ponerse nerviosa ella también no serviría de nada.

—En realidad —dijo Romany—, yo tengo que volver a clase. Ya me he perdido Química Avanzada.

Tiger negó con la cabeza, incrédulo.

—¿Y qué más dará, Romey? No te lo tendrán en cuenta. Tu madre acaba de morir.

Maggie torció la cabeza, frunciendo el ceño en su dirección. Lo que les faltaba era que Tiger empezara a inculcarle a Romany esos valores tan cuestionables que tenía; los cuatro fracasarían como tutores antes siquiera de comenzar de verdad.

—¿Qué?! —dijo Tiger, levantando a la vez las palmas de las manos y las cejas—. ¡Es verdad! Y el instituto no debería esperar que Romey vaya a clase, no tan pronto.

—Pero yo quiero ir —objetó esta—. Ya me he perdido bastantes clases. Y si algo quería mamá, era que me fuese bien en los exámenes

de acceso a la universidad. Volveré al apartamento más tarde, por si alguien me necesita.

–Entonces, nos vemos allí, compi –respondió Tiger, que alzó la mano para que le chocara los cinco. Romany pasó de él.

–Por Dios, Tiger –masculló Maggie–. ¿Seguro que estás bien, Romey? Sabes que estamos aquí para lo que necesites, ¿verdad? –Fulminó a Tiger con la mirada–. Tú pídenos lo que quieras.

Romany asintió.

–Estoy bien, tía Maggie –le dijo–. Nos vemos más tarde.

Parecía ilógico que Romany siguiera llamándola «tía». Maggie no era su tía, no eran familia en absoluto, y ese apodo tan anticuado nunca había parecido encajar con la actitud relajada que adoptaba Angie ante la vida. Y, sin embargo, esta última había insistido en que así fuera, como si, al obligar a Romany a llamarla «tía», le estuviera brindando a su hija algo que ella misma no tenía: una familia más grande. Maggie, hija única, no tenía descendencia, y Romany era como la sobrina que nunca tendría.

Dieron con un *pub* y entraron. Era más bien un bar que un *pub* en sí, con mucha luz y espacios destinados a permanecer de pie en vez de sentados, pero les valía.

–¿Qué vais a pedir vosotros? –preguntó Leon cuando se acomodaron en una de las pocas mesas que había.

Se miraron los unos a los otros antes de pedir, buscando el permiso de los demás.

–No me vendría mal un brandi –dijo Maggie, y, al pronunciar las palabras, notó que Tiger se relajaba a su lado.

–A mí tampoco –se apresuró a añadir–. Me ha pillado un poco por sorpresa todo esto.

Hubo una pausa. Maggie no iba a ser la primera en ofrecerse a ir hasta la barra y, por tanto, a pagar la ronda. Así pasaba siempre con las personas que conocías de casi toda la vida: eran fieles a sus costumbres. Tiger siempre había estado sin blanca. Ella no

tenía ni idea de cómo había sobrevivido los últimos treinta años. Y ahí estaba otra vez, de brazos cruzados. Contó los segundos mentalmente. Uno, dos, tres...

–Iré yo –propuso Leon, tal y como sabía ella que haría.

–No, yo invito a la primera –contestó. No sería justo para Leon acabar en medio de las disputas entre ella y Tiger–. ¿Qué queréis tomar? ¿Leon? ¿Hope?

–Yo medio vaso de clara de limón –respondió Leon–. Tengo que volver al trabajo en breve –añadió, consultando el reloj.

–Agua mineral –dijo Hope.

Maggie notó que el nudo de resentimiento que tenía en el estómago se estrechaba un poco más. Tenía que controlarse, ya que ahora Hope iba a formar parte de su vida, pero ¿tanto le costaba a esa mujer decir «por favor»?

Pagó la ronda, repartió los vasos y volvió a acomodarse en la mesa. Todos dieron un sorbo a sus bebidas; nadie quería ser el primero en hablar. Tiger dio un segundo sorbo y luego se tomó el resto del brandi de un solo trago.

Maggie soltó todo el aire por la boca.

–Bueno –comentó esta, recostándose en el asiento–, menuda sorpresa, ¿no? No es por criticar a Angie, pero, madre mía, sí que sabía liarla parda.

–Sabía, sí –respondió Leon, asintiendo despacio–. Y no me ha quedado muy claro qué es lo que quiere que hagamos, en el día a día, quiero decir. Yo, en teoría, tengo que fomentar que Romany lea, vaya al cine y demás, pero ¿cómo voy a hacer tal cosa exactamente? ¿Debería enviarle libros o tal vez una lista de lectura? Me parecería una imposición por mi parte. Además, es una chica adolescente; dudo que tengamos los mismos gustos. ¿O quizá debería asegurarme de que lea ciertos libros para reforzar su cultura general? Ojalá Angie nos hubiera dado más pautas.

–Bueno, así era Angie –contestó Maggie–. Ambigua. ¿Os acordáis de aquella vez que nos llevó a todos a un *tour* de magia y misterio

y resultó que ella tampoco tenía ni idea de dónde nos estábamos metiendo?

Todos sonrieron con cariño en torno a la mesa.

—¡Y cómo cocinaba! —comentó Tiger—. A veces se ponía a cocinar con lo que tuviera a mano, fuera lo que fuera. ¿Os acordáis cuando se le ocurrió echar plátanos a la salsa de la pasta porque no nos quedaba ninguna verdura?

Se pasó la mano por el cabello, descolorado por la exposición al sol. Maggie se dio cuenta de que empezaban a salirle canas, aunque el color rubio camuflaba los mechones con discreción. También empezaba a escasearle el pelo en lo alto de la cabeza. Si no andaba con cuidado, más que un chico moreno de la playa, iba a parecer un *hippy* entrado en años. Aun así, seguía teniendo cierto atractivo, pensó. Desechó ese pensamiento tan inoportuno al instante.

Así permanecieron sentados unos instantes, cada uno absorto en sus recuerdos. Hope, apoyada en el borde de la silla y preparada para levantarse en cualquier momento, no dejaba de mirar el reloj situado encima de la barra. Vale, pensó Maggie, no podía hablar de los viejos tiempos como ellos, puesto que no era parte del grupo, pero ¿tenía que manifestar tanto su falta de interés? Maggie notaba que el resentimiento se intensificaba; más pronto que tarde, le saldrían patas y todo. ¿Por qué había metido Angie a Hope en todo esto? ¿No podía limitarse a repartir las funciones entre sus viejos amigos? Sus vidas serían mucho más sencillas. Ahora, además de tener que decidir cómo ayudar a Romany, iban a tener que tomarle la medida a Hope. Era una complicación más que no necesitaban.

—Yo tampoco sé qué tengo que hacer —dijo Tiger—. ¡Primero me dice que tengo que orientarla con el tema de los viajes y después me obliga a mudarme a su piso! No tiene sentido. Desde que me marché de casa, a la edad de Romany, no he vivido en ningún lugar en concreto.

Eso no era cierto, Maggie lo sabía: claro que había vivido en varios lugares. A lo que se refería era a que había sido incapaz de asentarse de forma permanente en ninguno de aquellos sitios. Aun así, no le faltaba parte de razón. Era toda una ironía que le tocara el tema de los viajes y, después, Angie le pidiera que se quedara donde estaba.

–Si lo piensas bien –intervino Leon en voz baja–, tiene todo el sentido del mundo. Puedes mudarte sin más dilación: tienes todas tus pertenencias en esa bendita mochila y un cambio como este no te obliga a despedirte de ningún lugar... o de nadie.

–No te digo yo que no –contestó Tiger–, pero no veo que ninguno de vosotros tenga que detener su vida para cumplir los últimos deseos de Angie. Podéis seguir como antes. Yo, en cambio, tengo que cambiarlo absolutamente todo. A ver, chicos, no es justo, si os paráis a pensarlo.

Hope intervino entonces. Habló con voz clara, aunque sin mirar a ninguno de ellos.

–Sí, pero no tendrás que pagar el alquiler durante un año. A mí me parece un chollo –dijo.

Tiger abrió la boca para objetar, pero luego la cerró de nuevo. ¿Qué decir a aquello? Tenía toda la razón.

–Lo que tenemos que tener en cuenta –explicó Maggie– es que Romany es una persona adulta y puede tomar decisiones por su cuenta. Nosotros tan solo tenemos que orientarla hasta que enderece su vida. Habrá muchas cosas con las que querrá que la ayudemos. Tiene que quedarle claro que puede pedirnos lo que necesite.

–Maggie tiene razón –convino Leon–. Ninguno de nosotros sabe exactamente cómo saldrá esto, así que será mejor que Romany tome la iniciativa y que nos dejemos llevar.

Los cuatro asintieron con entusiasmo al escuchar aquellas palabras, pero Maggie no podía evitar pensar que, más que nada, intentaban convencerse los unos a los otros.

–Entonces, me mudaré con ella y me encargaré de las cuestiones

básicas del día a día –dijo Tiger–. Y los demás intervendréis cuando y como se os pida.

–Supongo –respondió Leon.

–Pan comido –concluyó Tiger con una sonrisa resignada–. ¿Qué puede salir mal, a ver?

# Capítulo 3

Los años ochenta  
1985

Maggie contempló su nuevo hogar y asintió con satisfacción. Sus libros de texto de derecho estaban ordenados con esmero en la estantería; el grosor de los lomos impolutos resultaba prometedor. Su nuevo tocadiscos, comprado con el dinero que había ahorrado trabajando en un prestigioso bufete de abogados durante el verano, descansaba sobre la cómoda, junto a una selección de sus álbumes recopilatorios preferidos. En la mesa había un cuaderno tamaño A4 inmaculado, así como la lámpara negra de escritorio que había venido con la habitación. El esmalte se había desconchado de la lámpara en varias partes, lo cual era toda una decepción, pero tal vez podría pintar por encima las zonas desnudas con pintaúñas para que no fueran tan visibles. También tenía una planta de *schefflera* en una maceta de plástico que le había dado su madre para la buena suerte. Medía medio metro de alto y era demasiado grande para la mesa y demasiado pequeña para el suelo, pero, al igual que la lámpara, por el momento tendría que quedarse así. La cama estrecha, mucho más estrecha, estaba convencida, que la de su casa, la completaba su edredón de cuadros azules y blancos, a juego con las fundas de las almohadas, y sus toallas azules descansaban en una pila ordenada en un extremo. Atención, Universidad de York: Maggie Summers acababa de llegar.

Por supuesto, por muy emocionante que fuera estar ahí, el dormitorio distaba de ser ideal. Era tan pequeño que no cabía un alfiler. Las paredes eran bloques de hormigón pintados de blanco que

hacían que se asemejara, de una forma muy inquietante, a una celda y debajo de sus pies había una alfombra un poco pegajosa. Pero Maggie hacía la vista gorda. Estaba ahí. Había llegado a la universidad. Se lo había ganado a pulso e iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para asegurarse de que todo fuera sobre ruedas.

Ahora que ya había ordenado su nuevo dormitorio, empezaba a sentir curiosidad por sus vecinos. La puerta de su habitación, la B27, daba a un largo pasillo de puertas similares. Había solicitado una zona tranquila. Estaba ahí para trabajar y, si bien no se negaba a divertirse de vez en cuando, tampoco era una fiestera. No obstante, por el momento no parecía haber problema en ese sentido. Había visto a un chico de pelo lacio y oscuro meterse deprisa en la habitación de enfrente cuando fue a inspeccionar el baño y tampoco tenía cara de juerguista. Le había dedicado una sonrisa insegura, que ella le había devuelto con cortesía. No necesitaba hacer amigos, pero ser educada no costaba nada.

Por un instante, sopesó la idea de llamar a las puertas de la izquierda y de la derecha, pero se abstuvo. Ya conocería a los residentes en su momento y no tenía sentido comenzar ningún tipo de relación con ellos, por si se hacían una idea equivocada sobre su persona. En todo caso, o los dormitorios gozaban de una insonorización envidiable, lo cual dudaba, o sus ocupantes todavía estaban por llegar.

Maggie escogió un álbum de la banda *Everything but the Girl* de su colección, lo sacó de la funda y lo colocó en el tocadiscos. Luego, se sentó en la cama con el libro *Derecho constitucional y administrativo*, de Smith. Había leído, por el momento, hasta el séptimo capítulo, «El Consejo Privado del Reino Unido», y podría llegar a admitir que le estaba costando un poco leerlo, pero imaginaba que las clases no serían tan monótonas como el libro. En cuanto se pusiera manos a la obra, estaba convencida de que encontraría cosas más interesantes con las que apasionarse.

Fuera de la ventana, oía a más personas, otros estudiantes de primer año, imaginaba, riéndose y llamándose los unos a los otros

aquella tarde calurosa de septiembre. Se permitió esbozar una pequeña sonrisa. Esta era ella ahora: una estudiante de Derecho en la Universidad de York. Iba a hacer realidad la ambición de su vida: todo iba según lo previsto.

A las cinco y media le entró el hambre. La cena se serviría en el comedor desde las cinco hasta las siete, de modo que bajaría alrededor de las seis para no parecer muy ansiosa. No tenía del todo claro el camino, pero disponía del mapa que le habían entregado al llegar y no podía estar muy lejos. Tal vez saldría a dar un pequeño paseo antes, para familiarizarse con el entorno. Decidió que aquella era buena idea, y, tras meter la llave de su habitación y la cartera en el bolso, estaba a punto de salir al pasillo cuando, sin previo aviso, se abrió su puerta de par en par.

Tenía enfrente a una chica, asumía que una estudiante de primer año como ella. Llevaba puestos unos pantalones de estopilla, una camiseta con un estampado desteñido y unas alpargatas maltrechas en los pies. Con un pañuelo mantenía alejado de la cara el pelo, del color rojizo de los zorros, y lo tenía enmarañado en greñas. Tenía la piel morena, de un color trigueño; para conseguirlo, debía de haber pasado más de dos semanas al sol.

–No hay papel higiénico –dijo sin más preámbulos–. En el baño. ¿Tú tienes?

Maggie estaba estupefacta, en parte por la apariencia de la chica, que era algo que jamás había visto hasta entonces, pero también por la manera abrupta de entablar conversación. Entonces, antes de que tuviera tiempo de reorganizar sus pensamientos, la chica la empujó con cuidado hacia un lado y soltó un leve silbido al reparar en la habitación de Maggie.

–¿Qué clase de persona tiene la habitación tan ordenada? –le preguntó–. En serio, ¿te has traído a un esclavo de extranjs? –Sus ojos repararon en el nuevo equipo de sonido–. Qué aparato más bueno –comentó con aprecio–. ¿Estos son tus álbumes? ¿Cuáles tienes? ¿Puedo echar un vistazo? Police, Squeeze, Kate Bush... –La desconocida repasó los discos uno por uno–. Son

todos muy normalillos –concluyó–. Es que llevo un año viajando. Tengo gustos más cosmopolitas, ¿entiendes lo que te quiero decir?

Al fin, Maggie recuperó la capacidad del habla:

–Perdona –dijo, mosqueada–, pero no puedes entrar así como así y ponerte a revolver mis cosas.

–Oh, lo siento –contestó la chica, aunque no se la veía nada arrepentida–. No era mi intención ofenderte. Me llamo Angie.

Aguardó a que Maggie se presentara, pero por nada del mundo iba ella a compartir nada con esta intrusa tan impertinente, ya fuera su nombre o su papel higiénico.

–Bueno, no tengo papel higiénico, así que te agradecería que te marcharas ya, si no te importa.

Maggie pensó en el paquete de dieciséis rollos de papel que había guardado con esmero en el armario y cruzó los dedos para que no la delatara el sonrojo.

–No pasa nada –contestó Angie–. Probaré en la puerta de al lado.

Se fue con tanta despreocupación como había venido, pero, cuando se volvió para llamar a la puerta de al lado, se giró para mirar a Maggie.

–Pero los Cocteau Twins me gustan mucho. *Treasure* es un álbum fantástico.

Y entonces se marchó.

Maggie cerró la puerta y se sentó en su cama, donde no había ni una sola arruga, mientras se sobreponía a la ardiente oleada de orgullo que la embargaba por dentro. No, no le importaba lo más mínimo que esta chica tan extraña, aunque bastante guay, hubiera alabado sus gustos musicales. No le afectaba en absoluto.

## Capítulo 4

Al cabo de cinco minutos, Maggie decidió que ya no podía esperar más para comer, pero abrió la puerta justo en el instante en el que el chico de aspecto friki de enfrente abrió la suya. Vio que él se ponía nervioso, que su primera reacción era cerrar de nuevo la puerta y volver a salir cuando estuviera todo despejado, pero entonces pareció pensarlo mejor y le sonrió, como había hecho antes. Esta vez su sonrisa era menos insegura y ella cambió la opinión que se había formado de su vecino: en vez de ser el aburrido de la clase, quizá podría ser alguien con quien le gustaría pasar el tiempo.

–Hola –dijo él–. Otra vez. Me llamo Leon.

–Yo soy Maggie –le contestó–. Justo iba a cenar.

–Dos personas inteligentes –respondió Leon–. O, al menos, imagino que tú debes de ser inteligente; si no, no habrías terminado aquí.

Oh, pensó Maggie. No era tan tímido como pensaba.

–Todavía está por ver lo inteligente que soy –dijo ella con modestia–. Pero me muero de hambre. ¿Te apetece que vayamos a comer juntos?

Los dos se volvieron y cerraron con llave sus respectivos dormitorios, mientras Maggie recordaba la charla que les habían dado a todos sobre temas de seguridad al llegar.

–Creo que es por aquí –sugirió Leon, y se dirigieron hacia las puertas cortafuegos situadas en mitad del largo pasillo.

–Bueno, ¿qué disciplina has venido a cultivar? –le preguntó él.

Maggie reparó con admiración en su forma de hablar anticuada. Ella siempre se enorgullecía de utilizar la terminología correcta.

Cada vez que alguien le preguntaba vagamente qué iba a «hacer» en York, se estremecía por dentro.

–Derecho –contestó con orgullo.

¿Se desvanecería alguna vez, se preguntaba, el escalofrío que sentía cada vez que pronunciaba aquella palabra? Leon enarcó una ceja, al igual que la mayoría de la gente cuando se lo decía, como si estudiar Derecho fuera algo que impusiera particular respeto.

–¿Y tú? –le preguntó; imaginaba que sería algo aburrido, como Matemáticas o Economía.

–Ingeniería Química –reveló, y ahora la impresionada era ella.

No estaba del todo segura de qué significaba aquello siquiera –en el instituto había escogido la rama de humanidades–, pero no era el momento de confesar su ignorancia.

–Increíble –dijo, porque ¿qué otra cosa podía decir?

Abandonaron el edificio de la residencia y siguieron las señales hacia el comedor. El campus lo dominaba un enorme lago artificial situado en el centro, que centelleaba reluciente a la luz del sol de media tarde. Los estudiantes se tumbaban en la hierba de la orilla, entre risas. Era todo idílico.

–¿Conoces a alguien más aquí? –le preguntó Maggie a Leon, al reparar en los pequeños grupos de estudiantes de primer año.

–Conozco al amigo de un amigo de segundo año, pero va a una facultad diferente, y dos chicas de mi escuela también están por aquí, pero dudo que fueran a saludarme si me vieran. –Le dedicó una pequeña sonrisa cargada de ironía–. Tenemos opiniones diferentes sobre lo que significa ser guay.

Maggie lo entendía. Ella nunca había sido «guay», pero le daba igual. Había cosas más importantes en las que centrarse.

–Yo tampoco conozco a nadie –le dijo–. La mayoría de la gente de mi colegio se ha ido a Londres.

–Me ha dado la impresión de que eres del sur –contestó Leon. Lo dijo como si fuera un insulto, pero le sonreía, de forma que Maggie decidió que no tenía malas intenciones.

–Soy de Worcester –respondió–. ¿Y tú?

–De Leeds. –Puso los ojos en blanco y añadió–: Ya, está a un tiro de piedra. Pero mi madre se preocupa mucho por mí y esta carrera es justo lo que quería.

–No creo que importe –dijo Maggie–. Lo importante es que estamos aquí.

–Eso es cierto –convino Leon.

Siguiendo la procedencia del bullicio y el olor nauseabundo a comida de comedor, llegaron al destino. La cola ya salía por la puerta y se extendía a lo largo del pasillo.

–Parece que hemos tenido todos la misma idea –comentó Leon.

Maggie asintió. Olía a comida poco apetitosa, quemada y pesada para el estómago.

–Creo que solo voy a coger una ensalada –dijo entonces–. En los dormitorios hace mucho calor, ¿no crees? ¿Y si nos sentamos en esa mesa de allí? ¿O prefieres que nos separemos y que cada uno se siente donde pueda? No me voy a ofender.

Durante unos instantes, Leon pareció horrorizarse ante la idea de tener que buscar a otra persona con la que hablar.

–No, me gustaría sentarme contigo. A no ser que tú prefieras...

–Me parece bien –respondió Maggie.

Era un chico bastante agradable y le venía bien para salir del paso. Esperaba, no obstante, que no se arrepintiera de mostrarse tan amable y que no acabara pasando el resto del año intentando quitárselo de encima. Una vez había leído algo semejante en una novela, pero, por mucho que lo intentara, no recordaba en cuál.

No tardaron en sentarse el uno al lado del otro, mirando a la multitud de nuevos estudiantes reunidos en la sala. Parecían clasificarse en dos grupos: los que habían encontrado un grupo al que pegarse y que se desplazaban al unísono tan cerca los unos de los otros que no se podría colar una hoja de papel entre ellos y los que estaban claramente solos. Maggie había pensado que no le importaría a quién conocía durante los primeros días, pero, ahora que estaba aquí y veía lo marginados que parecían los que se habían quedado solos, se sintió muy agradecida por haber

tropezado con Leon. Y parecía un tipo bastante decente, dejando a un lado los pantalones de Marks and Spencer y el peinado de contable. Era incluso ingenioso, no sin discreción.

La ensalada estaba pasable. Leon había optado por un plato de pasta que parecía pasada, como si hubiera estado demasiado tiempo debajo de lámparas de infrarrojos, pero no pareció importarle y dio buena cuenta de la comida mientras conversaban distraídos. Vivía en Leeds, tal y como había dicho, con sus padres y un hermano pequeño, al que le gustaba el fútbol y que quería jugar en el Leeds United. Resultaba evidente, por la manera en la que narró la historia, que no era una ambición que Leon compartiera con su hermano, pero, de todos modos, parecía orgulloso de él.

Luego se armó un revuelo en el mostrador donde se servían las comidas que acaparó la atención de Maggie. Era por culpa de esa chica otra vez, la que había irrumpido en su habitación pidiendo papel higiénico. Estaba de pie con los brazos en jarras, gritándole a la mujer de pelo gris con reflejos azulados que estaba sirviendo los platos en el mostrador.

–No, «corazón» –dijo con sarcasmo intencionado–, el pescado no es comida vegetariana. El pescado es pescado. La comida vegetariana lleva ve-ge-ta-les. Ay, da igual. Me llevo la sopa de tomate. ¿No tendrá trozos de pollo también?

Leon enarcó una ceja.

–Así es como se hace amigos y se gana a la gente –comentó con una ancha sonrisa.

–¿También llamó a tu puerta para pedirte papel higiénico? –le preguntó Maggie–. Hace un rato, quiero decir.

Él negó con la cabeza.

–Se llama Angie. Es muy... –Maggie pensó en cuál sería la palabra correcta–. Muy... directa.

–¡Ya veo! –contestó–. Tiene pinta de ser de armas tomar. ¿Qué está estudiando? ¿Te lo ha dicho?

Maggie no podía jurarlo, pero sospechaba que aquella expresión

de su rostro destilaba fascinación. Tal vez ese chico no era tan interesante, al fin y al cabo, si consideraba que Angie era digna de admiración.

–No se lo he preguntado –respondió con sequedad.

–Seguro que no es ni Derecho ni Ingeniería Química –comentó con amargura–. Qué lástima. Animaría mucho las clases.

–A mí no sé si me gustaría que mis clases fuesen así de divertidas –dijo Maggie.

Pero, en realidad, Leon no la estaba escuchando. Toda su atención estaba puesta en Angie.



## Capítulo 5

Hacía unas pocas semanas que había comenzado el trimestre y Maggie ya empezaba a forjar una especie de rutina. Ahora se desplazaba por el campus de la universidad con confianza y ya no tenía que someterse a la humillación de consultar los grandes mapas que había desperdigados por los caminos para orientarse. La Facultad de Derecho quedaba relativamente en el centro y, por tanto, era fácil de encontrar, y sabía dónde se ubicaban el consejo de estudiantes y la cafetería del campus, aunque no es que frecuentara mucho ninguno de los dos sitios por el momento.

Maggie había decidido, antes incluso de llegar a York, que la típica vida de estudiante no era para ella. No era reacia a salir alguna que otra noche, pero no tenía pensado tener por costumbre vagar todas las madrugadas. Ahora que estaba aquí, parecía que se había cumplido su predicción. Salía, para gran orgullo suyo, pocas noches en total y en intervalos de tiempo muy espaciados. No obstante, esto no se debía a los motivos que tenía ella en mente antes de llegar. Lo cierto era que Maggie no llevaba una vida plena de estudiante porque no tenía a nadie con quien vivirla.

No es que fuera tímida. No le costaba presentarse a desconocidos o proponerles algún plan. El problema era encontrar al tipo de persona por la que con mucho gusto sacrificaría una noche valiosa, una noche que, de otro modo, podría pasar estudiando.

Las personas de su clase no tenían mucho que ofrecerle, pues todas parecían o extremadamente aburridas o un poco cerradas. Esto la llevaba a estar con gente de su residencia en general o, para ser más exactos, de su pasillo, pero parecía que no había mucho donde elegir ahí tampoco. Leon le caía bastante bien y habían

salido a tomar algo unas pocas veces, pero no paraba de insistir en invitar a la chica de la habitación contigua, Angie.

Angie arrastraba consigo toda una multitud, que parecía congregarse a su alrededor como si fuera una profeta. Maggie no tenía claro si todos querían hacerse amigos de ella o si simplemente sentían curiosidad. Semanas después de que empezara el trimestre, seguía pareciendo que Angie acababa de salir de la playa. Maggie empezaba a entender que así era su estilo y que, sin duda alguna, aquello la distinguía de los demás.

Así y todo, Angie no le caía bien. Era tan descarada, directa y maleducada como le había parecido el primer día, y, por el momento, su vecina no había hecho nada para cambiar la opinión que se había formado de ella. Su segundo encuentro había sido tan poco prometedor como el primero. En cada pasillo, había una pequeña cocina en uno de los extremos con una nevera, unos hornillos y un microondas para que los estudiantes se preparasen algún tentempié si tenían hambre o si se perdían el servicio de la comida en el comedor. Maggie, que no se habituaba a la comida que ofrecían ahí, había llenado su estante de la nevera, claramente señalizado con una etiqueta, con todo lo necesario para preparar varios platos. Además, había puesto un escrito en cada paquete con un rotulador permanente, para que no hubiera confusión sobre de quién era cada cosa.

Aquel día fue a prepararse una tostada de alubias, pero, cuando llegó, Angie ya estaba sentada en la diminuta mesa de formica. Ella también había optado por comerse unas alubias para el almuerzo y tenía un vaso alto de leche junto al codo. No fue hasta que Maggie reparó en el peculiar estampado de color azul del plato que estaba usando cuando comenzó a preocuparse. No quería ser maleducada, pero aquel era su plato y, por cierto, los cubiertos también eran los suyos, y prefería no tener que compartir, en especial cuando la noción que tenían algunas personas de la higiene no siempre coincidía con la suya.

–Preferiría que no usaras mis cosas –le dijo a Angie, tratando de adoptar un tono de afable autoridad. Esta se la quedó mirando inexpresiva–. Lo digo por el plato. Y por esa sartén –aclaró–. Los dos son míos.

–Oh –contestó Angie–. Pensaba que los podía usar cualquiera. Que eran comunitarios, tú ya me entiendes.

–No –dijo–. Son míos. Los he traído de casa.

–Perdona. No lo sabía –contestó.

Bueno, problema resuelto, pensó Maggie. Esperaba haberlo dejado claro y que no se repitiera esta situación.

–Pero solo es un plato –apostilló entonces Angie–. No entiendo por qué es tan importante.

Maggie se impacientó un poco.

–Bueno, lo que pasa es que, cuando la gente usa tus cosas, después, cuando quieres usarlas tú, no están disponibles –le explicó. Estaba hablando con el tono de voz más armonioso posible, y lo que le estaba diciendo era tan lógico y evidente que no llegaba a entender por qué Angie ponía reparos.

–¿Por qué no usas otro? –le preguntó esta–. Hay un montón en el aparador.

–Porque molestaré a otra persona si cojo sus cosas. Sería mejor que cada uno se limitase a usar lo suyo.

–Bueno, es que yo no tengo plato, así que a mí eso no me vendría muy bien –respondió Angie.

–No es mi culpa–dijo por lo bajo.

No pasaba nada. Maggie no era quisquillosa. Solo por esta vez, usaría las cosas de otra persona y después, cuando no hubiera nadie, recogería todas sus pertenencias y las pondría a buen recaudo.

Abrió el armario para coger la única lata de alubias que le quedaba, pero no estaba. De hecho, la pasta y la lata de arroz con leche que estaba reservando para una ocasión especial parecían haber desaparecido también. Abrió la nevera. De su barra de pan tan

solo quedaba la corteza y alguien se había bebido su botella de leche: estaba vacía, a excepción de los pocos posos que quedaban en el fondo.

–¿Te estás comiendo mi comida? –le preguntó, furiosa.

–Ni idea –dijo Angie–. Esto estaba en ese armario de ahí. Ya te conseguiré comida cuando tenga un momento.

–¿Y qué se supone que debería hacer yo ahora?

–La tienda está abierta hasta las cinco. Podrías ir a comprar algo.

Tendrá cara. Maggie apenas se creía lo que estaba oyendo. La idea de coger la comida de otra persona sin su permiso le resultaba tan ajena que no llegaba a asimilarla del todo. ¿Y de verdad que Angie esperaba que fuera a por más comida?

–¡Esto es el colmo! –exclamó–. ¡Te comes mi comida y, después, en vez de ofrecerte a devolvérmela, me dices que vaya yo a comprar más!

Angie se llevó el tenedor con el último bocado de comida a la boca, se recostó y contempló a Maggie, como si fuera ella la que estaba siendo irracional.

–No entiendo por qué te pones hecha una fiera, si solo es una lata de alubias.

–Y pan. ¡Y medio litro de leche! No puedes ir por ahí cogiendo lo que te venga en gana. No es así como funcionan las cosas.

Angie se encogió de hombros. A continuación, se levantó, dejó el plato sucio en el fregadero, encima de la sartén, y se marchó de la cocina. Maggie se quedó ahí de pie, boquiabierta, por unos instantes incapaz de hablar de lo atónita que estaba.

Luego, una sensación de rabia se apoderó de ella. Persiguió a Angie, furiosa, y le gritó por el pasillo, mientras la otra se retiraba dándole la espalda:

–No puedes irte así sin más. ¡Vuelve aquí y lava mis cosas!

Pero Angie había llegado a su dormitorio; abrió la puerta y la cerró tras de sí sin siquiera volverse.

–Y tienes hasta mañana por la noche para devolverme mi comida

—prosiguió Maggie, aunque ya no tenía sentido, puesto que Angie no la escuchaba.

Una sensación de indignación avivaba las llamas de la rabia que sentía, al tiempo que sacaba todos los platos del fregadero y abría el agua caliente. Sin querer, vertió más detergente del necesario cuando apretó con cuidado la botella con los dedos. Ante aquel desperdicio, maldijo a Angie en un susurro. ¿Cómo se atrevía? Qué desfachatez. Y ni siquiera había hecho ademán de disculparse. Era inaudito. No dejó de echar chispas por lo bajo mientras lavaba todas sus cosas y las secaba con su paño de cocina, que había planchado con esmero. Seguía mascullando en voz baja cuando sacó todas sus posesiones de la cocina comunitaria para ponerlas a buen recaudo en su habitación.